

Annuario Sancti Iacobi, 12 (2026), pp. 181-193.
e-ISSN: 3101-5816

José María Díaz Fernández, una vocación culta y cultivada

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ, A CULTURED AND CULTIVATED VOCATION

DANIEL LORENZO SANTOS

Canónigo de la Catedral de Santiago de Compostela

Recibido: 13/03/2026

La biografía de don José María Díaz Fernández queda ampliamente tratada en otras partes de este número, que componemos en homenaje a su figura. El perfil cultural e intelectual de su trayectoria parece el más adecuado para abordar lo que fue el principal objetivo de su vida eclesiástica, de la vida consagrada a capitular, de archivero bibliotecario a deán y capellán de las Madres Mercedarias. Tengo presente su imagen en la hora de la sobremesa, sentado ante el convento compostelano leyendo, paseando y siempre reflexionando en las tardes de primavera y verano, saludando e invitándonos a acercarnos para un momento de charla amable y distendida, ejerciendo como un buen compostelano.

El ejercicio pleno de sus distintos cargos en la catedral y diócesis de Santiago exige una formación intelectual y una inquietud de estudioso permanente. Quiero fijarme en dos facetas de su vida.

SU COMPROMISO CON EL PATRIMONIO CULTURAL

Canónigo desde 1972 por oposición, sus inquietudes y atenciones literarias y culturales en general fueron determinantes a la hora de ser nombrado Archivero-Bibliotecario de la Catedral de Santiago en 1979, cargo en el que se mantendría durante más de treinta años, hasta 2011, pues en la dirección del archivo y biblioteca capitulares se sentía especialmente útil y realizado desde el punto de vista eminentemente profesional. No en vano, cuando fue elegido Deán-Presidente del Cabildo compostelano en 2006, su condición para aceptar dicho nombramiento sería la de no abandonar su puesto al frente del cuidado del patrimonio documental y bibliográfico de la catedral, esto es, de toda la ingente la memoria escrita del santuario apostólico y el fenómeno de la peregrinación. Rodeado por esos miles de legajos y códices manuscritos, en pergamino y papel, así como de una equivalente cantidad de libros salidos de las más variadas y diversas imprentas a lo largo de más de quinientos años, su inquisitiva mirada tras los lentes mostraba la perenne curiosidad de quien conoce todos y cada uno de los fondos que custodia, sin dejar nunca de mantenerse al acecho de poder seguir profundizando y ampliando el conocimiento.

Y junto con la letra, la imagen: eran las miniaturas, los dibujos, los grabados y los mapas los que conformaban el *thesaurus* que despertaba un especial interés en la inquieta mente de don José María, escudriñando cada escena, cada motivo, cada detalle... Parecería que sus lentes, una vez más, sirvieran de necesarios mediadores para la aprehensión de cada uno de los múltiples reflejos gráficos que deconstruían la imagen. Todo ello en aras de seguir agrandando sus amplios saberes en el campo de la iconografía y, por extensión, de la iconología, aunque dentro de los márgenes de la ciencia sagrada. Porque en ello, como en las demás facetas profesionales y personales de don José María, su condición religiosa y ministerio pastoral resultaban preeminentes, reflejando a un presbítero de firmes convicciones; de ahí que no sorprenda que su enfoque epistemológico en el análisis y estudio gráfico se centrara esencialmente en el valor y concepción de las imágenes como transmisoras de la fe.

Aquel espíritu curioso, ávido de avanzar en el conocimiento tanto histórico como presente, podría hacer pensar en un canónigo archivero-bibliotecario a la vieja usanza, esto es, atrincherado en sus salas, celoso de sus estudios y de los materiales custodiados hasta límites impensables... Nada más lejos en el caso de don José María Díaz: su generosidad y compromiso con el

saber académico y la sociedad investigadora en general lo llevaron -de acuerdo con el Cabildo- a abrir de par en par las puertas del archivo a todos los estudiosos que precisaran trabajar con tan rico fondo documental y bibliográfico. Animó a muchos investigadores a acudir a sus salas del claustro catedralicio con el propósito de seguir indagando en la dilatada historia compostelana en su sentido más amplio y diverso, con más de mil años a sus espaldas. Se observa en su decisión, por tanto, un cambio de paradigma: plenamente consciente de las limitaciones que acarrearía el mantenimiento de la impronta unipersonal de sus predecesores, y en su deseo de superar aquella inercia histórica, don José María quiso desde un primer momento que la gran labor desempeñada por los archiveros anteriores -de manera especial por don Antonio López Ferreiro, también por don Jesús Carro García- pudiera ser oportunamente continuada, y sobre todo incrementada y actualizada, conforme a los criterios metodológicos de la ciencia contemporánea.

Con el acicate de tales premisas, amén del desarrollo de un contexto favorable desde el punto de vista político-cultural y también económico (con el respaldo de la Xunta de Galicia y de la Fundación Pedro Barrié de la Maza), el Cabildo secundó entonces los deseos de don José María para dotar al archivo de personal técnico especializado. Con tal motivo, aún cuando durante muchos años la oferta pública de becas destinadas a tal finalidad era la única vía contemplada por las Administraciones, con el paso del tiempo la Catedral de Santiago optó, en la medida de sus posibilidades, por la razonable estabilización del personal más antiguo y mejor formado y capacitado, asumiendo directamente su contratación con cargo a los fondos capitulares.

Procurando, por otra parte, instalaciones acondicionadas y dotadas para asegurar la conservación y protección del ingente patrimonio documental y bibliográfico que atesora. Labor en la que han ido avanzando sus sucesores en el cargo de dirección, primero don Segundo Leonardo Pérez López y, desde 2015, don Francisco Buide del Real. De este modo, el Archivo-Biblioteca de la Catedral de Santiago figura entre las instituciones eclesiásticas pioneras a la hora de ofrecer las máximas facilidades de acceso y consulta a los investigadores y estudiosos, con horarios fijos y amplios.

Llegados a este punto deben ser mencionados los técnicos que han contribuido de manera decisiva a afianzar el legado de don José María en el primer cuarto del siglo XXI. Es el caso de Arturo Iglesias Ortega, quien desde hace años ejerce con profesionalidad y entrega la dirección técnica del archivo, ayudado actualmente en su labor por M^a Elena Novás Pérez y Jorge García García. Junto a ellos deben figurar aquellos otros técnicos que, aunque actualmente ya no mantengan vinculación laboral con la institución al tomar nuevos caminos profesionales, sin embargo fueron indiscutiblemente claves en el

proceso de profesionalización y modernización del Archivo-Biblioteca; pues, al igual que Arturo y M^a Elena, comenzaron y desarrollaron parte de su trayectoria - o toda ella en algún caso- en la institución catedralicia bajo las directrices de don José María: Francisco M. Sandoval Vereá, Xosé M. Sánchez Sánchez, María Seijas Montero, Simón Vicente López... En mayor o menor medida todos ellos siguen manteniendo lazos con el Archivo-Biblioteca, que no deja de ser, al fin y al cabo, ese querido lugar de la memoria escrita, dibujada y grabada al que volver para escudriñar la Historia.

Son muchas y muy importantes las investigaciones que, partiendo de los riquísimos fondos del Archivo-Biblioteca de la Catedral de Santiago, dieron pie durante su larga etapa de dirección a centenares de trabajos. Hablamos de tesis doctorales, tesis de licenciatura, pero sobre todo de monografías, capítulos de libros, artículos en revistas de todo el mundo. Y por supuesto, varias fueron asimismo las investigaciones que, habiendo comenzado antes de su renuncia como archivero en 2011 y como deán en 2012, fueron culminadas por sus autores y pudieron ver la luz en los años sucesivos. No es posible mencionar a tantos y tantos investigadores y estudiosos que pasaron por aquellas salas a lo largo de esos treinta y dos años, y que invirtieron horas y horas en la revisión, lectura, análisis e interpretación de cientos de documentos y códices.

184

Pero sí podemos recordar, aunque sea de manera muy general, los avances en el conocimiento histórico, histórico-artístico, teológico, filológico, paleográfico, literario, jurídico, antropológico, musicológico, y un largo etcétera en las diversas ciencias humanas y sociales. Sobre todo en lo que se refiere a la Edad Media y a la Edad Moderna, aunque también hay aportes muy destacados sobre los siglos XIX y XX. Porque su simple alusión será la que evoque de inmediato en el lector a los investigadores asociados a las diversas temáticas.

En primer lugar, el propio fenómeno jacobeo en su gran complejidad y diversidad (Voto a Santiago, patronazgo de las Españas, reliquias del Apóstol, la peregrinación, el Camino y los caminos...). El episcopado y el cabildo compostelanos a lo largo de los siglos. La ciudad de Santiago, con sus gentes y su urbanismo. El santuario apostólico en sus diversas fases histórico-artísticas, con algunos de los grandes maestros y promotores que materializaron las monumentales creaciones que conforman tan vasto patrimonio (los prelados Diego Peláez y Diego Gelmírez, el rey Alfonso VI, la reina Urraca, el maestro Mateo, el arzobispo Lope de Mendoza, los tres arzobispos Fonseca, Juan de Álava, Cornellis de Holanda, José de Vega y Verdugo, José Peña de Toro, Domingo Antonio de Andrade, Simón Rodríguez, Fernando de Casas y Novoa, Antonio López Ferreiro...). La evolución musical, habida cuenta de los importantes fondos de este tipo que conserva la catedral, y del paso por su capilla de música de grandes maestros, a menudo también compositores. Fueron

atendidos y desgranados asimismo los linajes y parentelas asociados a la sede, en el marco de los estudios de historia socioeconómica. También los diversos trabajos relativos a la historia religiosa, cultural y devocional, así como cultural y de mentalidades en general, que en los últimos años comenzaron a suscitar la atención de los especialistas, con el mismo don José María a la cabeza...

Por supuesto, fueron analizados y estudiados a fondo los códices medievales, con especial interés por el *Codex Calixtinus*, los tumbos, la *Historia Compostelana* y el *Breviario Miranda*, los libros de aniversarios, los libros de actas, algunos cronicones... Amén del préstamo frecuente de tan rico fondo codicológico para exposiciones por todo el mundo, siendo quizás este ámbito concreto donde nuestro director del archivo se mostraba especialmente riguroso a la hora de demandar las máximas garantías de conservación. Precisamente en relación con lo que acaba de ser apuntado, debe atribuírsele tanto la iniciativa como, sobre todo, la mediación y facilidades dispensadas en cuanto a la realización de preciosas ediciones facsimilares del *Calixtino* (Madrid, Kaydeda Ediciones, 1993) y del *Tumbo A* (Madrid, Testimonio Compañía Editorial, 2006), este último con una introducción debida a su autoría. O incluso de obras especialmente significativas del período moderno como la interesantísima *Historia del Apostol de Iesus Christo Sanctiago Zebedeo, Patrón y Capitán General de las Españas*, debida a Mauro Castellá Ferrer en 1610, y donde nuestro insigne canónigo llevó a cabo una clarificadora introducción (Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2000). Sin olvidar su estudio crítico para acompañar la edición de la insigne obra de Diego de Saavedra Fajardo titulada *Relación de las cosas que hay dignas de saberse de Roma para quien trata del servicio del Rey en España* (Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2000). Y es que fue plenamente consciente de que con estos facsímiles contribuía de manera decisiva a la mejor conservación, al tiempo que difusión, de tan ricos códices compostelanos.

En las visitas al Archivo por parte de especialistas, académicos, o grupos de personas conocedoras del valor histórico y patrimonial de las piezas más notables de sus fondos, era él mismo -o en su ausencia alguno de los archiveros, conforme a una suerte de protocolo por él instaurado- quien había ido previamente a la caja fuerte para poder tener ya expuesta sobre una mesa o atril alguna de las piezas emblemáticas originales, sobre todo, por su relevancia y fama, el más deseado siempre: el emblemático *Codex Calixtinus*.

De ahí el irreparable daño emocional que para nuestro canónigo archivero, y entonces también deán, supuso su hurto y desaparición durante aquellos interminables meses (del 5 de julio de 2011 al 4 de julio de 2012), auténtico golpe a los principios de confianza y generosidad que habían sido edificadas a lo largo de más de treinta años en nuestro Archivo a instancias de su

insigne director. Es verdad que don José María no llegó nunca a recuperarse por completo de aquel traumático episodio. Y que tras él, el Archivo, y sus nuevos directores, se vieron obligados a implementar los correspondientes ajustes de seguridad y protección que, inevitablemente, suponen la consabida merma de la confiada política de divulgación de los tiempos anteriores a 2011.

DESDE LA ERUDICIÓN HISTÓRICO-PATRIMONIAL. CULTURA TEXTUAL, CULTURA VISUAL

Debemos enfocar ahora nuestra mirada hacia los amplísimos conocimientos y erudición de don José María, resultado de una cuidada y exhaustiva formación a lo largo de toda su vida. Lector curioso, investigador meticuloso y estudioso incansable, fuera de la labor pastoral era raro el momento en que nuestro insigne canónigo no tenía un libro o un documento entre sus manos, con esa lectura siempre atenta y concentrada de quien aspira a saber más sin obviar nunca el tamiz crítico. Conversador pausado e introspectivo, habitualmente empático, pero de fuerte carácter, por ello sincero y directo; a quienes lo tratamos con asiduidad nos da la sensación de que su voz todavía permanece en los mismos ecos pétreos que en su día reverberaban en el que fue su despacho del Archivo.

186

Y una vez más hemos de apelar a su generosidad, que demostró en el hecho de compartir con la sociedad su notable sapiencia, ya fuese a partir de las numerosas conferencias y ponencias dictadas en los más diversos y prestigiosos foros, ya fuese en el abundante número e indiscutible solvencia científica de sus publicaciones acerca de diferentes campos del conocimiento. Pero con un nexo común: su especial querencia y relación con la historia y el patrimonio cultural, tanto por el documental y bibliográfico que le tocó custodiar tantos años en el Archivo-Biblioteca catedralicio, como por el monumental que lo rodeaba en su día a día. En este último ámbito debe citarse el Pórtico de la Gloria como ejemplo paradigmático que suscitó siempre la máxima admiración de don José María, al ver este cúmulo escultórico, pictórico y arquitectónico como sublime reflejo del perfecto compendio entre arte, iconología, teología, liturgia y catequesis.

Referimos el Pórtico de la Gloria, pero debemos a su vez mencionar toda la catedral en su dimensión monumental e histórica, material y espiritual. Porque el santuario apostólico fue siempre su referente dimensional, al que consagró su vida y trabajo, fundamentalmente desde el Archivo-Biblioteca, pero también desde el deanato. Este último, con sus exigencias político-institucionales, pero también con posibilidades y oportunidades que supo aprovechar, derivándolas una vez más hacia el conocimiento y su divulgación. Y es que la coincidencia de su mandato como deán con la celebración del VIII centenario de la consagración de la basílica catedralicia le dio pie a poder coordinar, en colaboración con

Ramón Yzquierdo Peiró y a instancias del Cabildo, un libro conmemorativo y misceláneo donde ellos mismos, junto con otros varios especialistas, ofrecieron nuevas lecturas, revisiones e interpretaciones de la catedral apostólica en clave histórica, artística, cultural y devocional, a lo largo de los siglos y hasta la actualidad: *Ceremonial, fiesta y liturgia en la Catedral de Santiago. 800 Aniversario Catedral de Santiago* (Santiago de Compostela, Cabildo Metropolitano de la Catedral de Santiago-Consorcio de Santiago, 2011).

Pero por encima incluso del Pórtico de la Gloria o de la propia institución catedralicia, el *Codex Calixtinus* fue, sin duda alguna, la obra que suscitó la máxima atención de don José María a lo largo de buena parte de su vida, con abordajes diversos de carácter crítico sobre partes del mismo y de su propia conformación y compilación, que conllevaron interesantes aportes científicos. Además de revistas especializadas, con frecuencia aprovechaba el encargo de la correspondiente ficha catalográfica sobre el código, en relación con exposiciones por todo el mundo, para volcar allí sus sucesivos hallazgos e interpretaciones. Lo mismo que con respecto al *Tumbo A*, o al *Breviario Miranda*. Precisamente la mención de este último código nos permite citar un ejemplo -entre otros muchos posibles- del certero escudriño científico de nuestro archivero, por cuanto en una ficha catalográfica del año 2000¹ sobre dicha obra avanzó lo que diversos estudiosos han podido luego corroborar en los años sucesivos: la promoción de aquel rico breviario por parte del arzobispo don Rodrigo de Luna.

Y luego está la suerte, propiciada de nuevo por su amplia cultura visual, del hallazgo fortuito en una biblioteca coruñesa, dentro de un libelo misceláneo, de un texto inédito de Francisco de Quevedo, cuya autoría pudo identificar merced al reconocimiento de la firma autógrafa del insigne literato del Siglo de Oro; esa peculiar firma que tan controlada tenía nuestro protagonista por su presencia en varios documentos del archivo catedralicio que él había revisado y estudiado en más de una ocasión, puesto que su particular interés histórico por el tema del patronazgo de Santiago en los siglos XVI y XVII pasaba necesariamente por la defensa activa llevada a cabo por la aguda pluma de Quevedo en más de una ocasión. También en este caso el texto inédito era de carácter político, redactado por su autor mientras ejercía como secretario del rey Felipe IV, y en el que conforme al título "Execración contra los judíos" desarrollaba una dura crítica antisemita, partiendo de la acusación contra ciertos miembros de la comunidad judía de financiar a fuerzas adversas al monarca español.

¹ *Los rostros de Dios*, Santiago de Compostela, Consorcio de Santiago-Arzobispado de Santiago de Compostela, 2000.

En esta misma faceta como historiador cultural, orientado a exhumar desde los fondos archivísticos algunas peculiaridades de la religiosidad y espiritualidad hispanas de los siglos modernos, pudo mostrar de nuevo su agudeza investigadora. Así, proporcionó una documentada disertación sobre la presencia del tema eucarístico en la lírica castellana, mientras que, ciñéndose al marco compostelano, dio pie a contrastados y bien fundamentados estudios acerca del papel pastoral desempeñado por algunos arzobispos y clérigos (caso de Gaspar de Ávalos o de Antonio de Guevara), o sobre la religiosidad mística de la mano de Agustín Antolínez. Sin que falten a su vez opúsculos varios sobre el propio culto al apóstol Santiago, con especial curiosidad acerca de su protagonismo evangelizador en América.

Precisamente la temática de la difusión cultural de Santiago en el continente americano nos conduce hacia la última faceta que vamos a ponderar en este sucinto perfil, y que de alguna manera hemos anunciado ya al referir el gran valor de los aportes científicos de don José María en el marco de las publicaciones catalográficas. Porque nada mejor que la conceptualización de exposiciones para poder hacer converger sus intereses históricos, bibliófilos, artísticos e iconográficos con su afán por hacer partícipe a la sociedad del conocimiento y erudición acumuladas. Por ello, el ámbito expositivo se demuestra un puntal clave en la trayectoria de nuestro protagonista, donde ha sido partícipe de algunos proyectos de extraordinaria relevancia para Compostela, tanto por las piezas seleccionadas como por los textos y fichas que conformaron los catálogos complementarios.

Sirva como ejemplo su comisariado general de "Santiago e América" (Mosteiro de San Martiño Pinario, 1993), la tercera gran muestra del proyecto expositivo Galicia no Tempo. Su comisariado junto a José Ignacio Cabano Vázquez de "Los rostros de Dios", muestra de la que hemos mencionado su catálogo, y sobre cuyos contenidos profundizaremos brevemente como colofón de este recorrido por la erudición de nuestro archivero (Mosteiro de San Martiño Pinario, 1993). Y su comisariado igualmente compartido, en este caso con Xosé Manuel Sánchez Sánchez, de la muestra "Códices" (Museo Centro Gaiás-Cidade da Cultura de Galicia, 2012), esta última convertida en auténtico desagravio frente a los meses en que el *Códice Calixtino* había permanecido oculto a los ojos de todos por el robo que tanto apenó a don José María: de nuevo la idea de compartir con todos el tesoro bibliográfico que con sumo esmero siempre cuidó, al reunir por primera vez una docena de manuscritos originales de los siglos IX a XV, un auténtico tesoro de nuestro patrimonio documental, entre los cuales, indudablemente, el mismo Calixtino.

Con motivo de la elección de Santiago de Compostela como una de las Ciudades Europeas de la Cultura del año 2000, la ciudad respondió a esta alta

designación con un programa que quiso denotar desde el primer momento universalidad y apertura. Así, don José María Díaz asume el comisariado de la exposición "Facies deitatis = Los rostros de Dios", organizada por el Consorcio de la Ciudad y el Arzobispado de Santiago, celebración que adquiriría singular relevancia en el umbral del milenio y daba continuidad al Año Jubilar 1999.

En el prólogo al catálogo, los comisarios abordan con claridad conceptual el inabarcable espectro de la deidad en todas las épocas y ámbitos de la humanidad sobre la tierra. Junto a las tres grandes religiones del Libro, el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam, dirige su mirada a todas las manifestaciones, ya sean personales o abstractas, locales o universales, del ansia de eternidad que forma parte intrínseca del espíritu humano y abre las puertas a dialogar desde la consideración de las creencias y sus prácticas.

Su aproximación a la representación de la divinidad en las distintas religiones presentes y en las del pasado revela una visión ecuménica, abierta y muy fundada en lo científico, que bajo su comisariado reunió en uno de los grandes centros religiosos del orbe, como es la ciudad de Santiago, piezas procedentes de Alemania, Austria, Irak, Italia, Portugal y España, de colecciones con amplia presencia de las religiones cristianas, islámicas, persas, indostánicas, tanto el hinduismo como el budismo, y de las de las civilizaciones antiguas europeas, asiáticas y americanas, donde nuestro Apóstol sería sincretizado por aquellos pueblos a partir del siglo XVI en esa otra vertiente que hoy no desconocemos, pero preferimos no reivindicar, la del batallador que hace vencer a los buenos sobre los malos, a los nuestros sobre los otros.

En nuestra tradición cristiana, el inefable rostro de Dios se nos antoja mayestático, eterno, como proa orientadora. Es fácil confundirlo con el del Pantocrátor, la faz serena de Cristo, su hijo, que ostenta las heridas de su Pasión en el tímpano del Pórtico de la Gloria; a diferencia del rostro divino, la faz de Cristo asume múltiples representaciones, ora sonriente o severa, alegre o sufriente, siempre generosa, como representación de todos los atributos de la humanidad. En nuestra Catedral el rostro de Dios aparece en el capitel de la Santísima Trinidad de la columna del parteluz: el Padre sostiene al Hijo y, sobre su cabeza, despliega sus blancas alas el Espíritu Santo. Capitel y columna que sostienen la imagen de Santiago en su dimensión evangelizadora y peregrina.

Don José María Díaz invoca "... la supremacía del Ser, su omnipresencia, su sabiduría, su fuerza creadora, su acción o influencia en el mantenimiento y la marcha del mundo visible, así como las divergencias y cauces distintos ramificados en la geografía y en el tiempo mensurado por milenios". Más allá de las recreaciones humanas de la deidad, está el denominador común de la espiritualidad, que puede revelarse en imágenes plásticas, en ideogramas y

caligrafías que todos debemos reconocer como representaciones diversas de una transcendencia común.

En junio de 2005, mediante un convenio de colaboración entre el Cabildo de la Catedral y la Consellería de Cultura e Comunicación Social de la Xunta de Galicia, se emprende la tarea de actualizar, revisar y complementar el Plan Director de la Catedral. Se consideraba que la complejidad del conjunto edificado demandaba superar los estudios e intervenciones parciales que habían ocupado las últimas décadas del siglo XX para abordar la restauración del templo desde una perspectiva integral. Don José María Díaz estuvo presente en la primera fase de actuación y colaboró en los trabajos iniciales. La continuación y culminación de esta ingente empresa se abordó a partir del año 2011 a través de la Fundación Catedral de Santiago, impulsando, promoviendo y gestionando la firma de sucesivos convenios con instituciones públicas y privadas.

UN DEÁN POETA

En el año 2017, desde su resguardo mindoniense, don José María autoeditó el poemario titulado *Ante el Pórtico de la Gloria*, prologado por el profesor Darío Villanueva, una recopilación encadenada de sus meditaciones ante la obra magnífica del maestro Mateo que, sin duda, nutrió su intelecto y su espíritu a lo largo de su dilatado ejercicio como capitular. En su día leí aquel poemario y vuelvo sobre él con motivo de este texto, pues su relectura me ha sugerido una serie de comentarios sobre su mirada artística y espiritual a esta obra universal del arte religioso.



Portento aprisionado

Retumbaba la sima berroqueña, / Incapaz de albergar el gran portento...

Las entrañas de un suelo hollado ya por los romanos y que el pueblo altomedieval de Compostela había designado como camposanto iban a alumbrar un nuevo estilo. Mateo entendió el lugar y el tiempo que le habían tocado en suerte, transformándolo con su arquitectura, que soporta y contextualiza, y con la escultura que habla directamente al espíritu, en un santuario para los siglos de los siglos.



Las trompetas que llaman

Ansían descifrar / el poema sonoro / que las piedras exhalan

Los ángeles con sus mudas trompetas anuncian el drama glorioso que se despliega en el Pórtico. Aquellos que lo vieron en el esplendor de su policromía y expresividad sabían leer ese texto subyacente que a la mayoría de los observadores actuales se nos escapa.



El zócalo

Venid todos, venid reconciliados, / para formar el zócalo / que sustenta el prodigio.

La fiera de las bestias se convierte en arte. Esos seres extraños no compiten, no luchan, miran hacia nosotros, oprimidos bajo las basas del Pórtico como si fuera un castigo, signo de que la fe cristiana que proclamaba el Boanerges los ha vencido.



Plenitud

La geometría helada / de largos pentagramas / se quiebra en redondeces musicales / que desmienten el tiempo

Alrededor de la imagen del Pantocrátor se sitúan, armónicamente, los ámbitos de la Gloria que los peregrinos y los fieles aspiran a alcanzar, ese rostro de Cristo sufriente y triunfante, gracias a la redención que los ha reconciliado.



Los trofeos

¿Por qué sigue en lo alto esta columna / donde impresos quedaron los azotes?

Inmensa romería pone en marcha, / bosque ambulante de infinitas palmas / que el viento agita y su rumor proclama / que la muerte por fin quedó vencida.

Seres celestes que acuden a la convocatoria de Mateo y nos miran con gravedad, como testigos del drama de la Pasión, que encuentra un desenlace inefable.



Omega

La línea divisoria / marcas entre los santos triunfadores / y los réprobos tristes, sumergidos / en la desesperanza inacabable.

Las mismas dovelas se encuentran desde la clave a los salmeres y la propia clave los reconcilia, tristes o felices, en el mismo arco.



Apóstol Santiago

El mar de Galilea / resumido en tus ojos / ... de peregrino al lomo de oleajes, / roquedales y playas bordeando, / para sentarte aquí, justo a la entrada, / exhalando infinitas bienvenidas.

El Apóstol ostenta siempre la misma expresión serena, acogedora, que nos invita a entrar en el templo, rostro pensativo que desea y sabe esperar a la reconciliación de las gentes del mundo.



Moisés

... dos tablas de piedra... / ¿Por qué se ofrecen limpias de grafía? / ¿Quién borró la decena de mandatos?

Los cabellos, las barbas, las arrugas, todo dice que estamos ante una figura arcaica.

Las tablas de la Ley en vacío hablan del paso del tiempo y de la transformación de los códigos de comunicación. No era necesario que el texto fuese legible, porque los peregrinos llegados de todas partes hablaban diferentes idiomas y la vigencia del latín como lengua común iba perdiéndose entre los letrados².

² Fotografías de Denís Estévez.



Daniel

*La geometría helada / de largos pentagramas / se escurrió
revocando / las viejas seriedades y los fruncidos ceños
Escuchas y sonríes...*

El poeta, como Rosalía de Castro, ve lo que otros no vemos en esa expresión dulce, intemporal. La de alguien que, desde la noche de los tiempos, se asoma a la luz para proclamar una buena nueva.



Estupor

*Me siento poseído / por la belleza intacta / y excluyo los
análisis superfluos / de un soberbio entender.*

Juntos, agrupados de cara hacia Occidente, parecen dispuestos a cantar a coro. La piedra no pesa y esos rostros que miran con asombro ingenuo se prestan a interpretaciones que cambian con el paso del tiempo.



Polvo

*El polvo ennegrecido / oscureció el portento...
La espera se hace larga / mientras discurre el tiempo /
acuciando las manos afanosas; / y los cansados ojos ya
adivinan / el policromo asombro.*

El deán emérito tuvo tiempo de asistir al descubrimiento del Pórtico de la Gloria restaurado y experimentar el resurgir del portento velado bajo capas de polvo.